

Demandas de identidad

Identidad nacional, globalización y justicia social

David Pérez Chico

Una reflexión sobre la ficción que construye las identidades nacionales y la anulación de la identidad de la mayoría de la población que produce la globalización.



FOTOGRAFÍA Y COMPOSICIÓN: Ángel Orensanz.

Identidad nacional y estado nación.

La identidad nacional es una invención bastante reciente en la historia de la humanidad. Si bien los rasgos que pueden definir una identidad nacional han estado siempre presentes, no siempre se ha tenido conciencia de pertenencia a una nación en base a la posesión de estos rasgos. La conciencia de identidad nacional se construye a partir de relaciones externas y contingentes. Se trata de una ficción a cuyo mantenimiento los Estados dedican grandes esfuerzos y recursos consiguiendo finalmente convertir esta ficción en la única realidad imaginable a la base de determinadas políticas y actuaciones públicas.

Son dos los principales hitos en la aparición de las identidades nacionales. En primer lugar, el paso del

Antiguo régimen al Nuevo cuando los modos de legitimación sociales del Antiguo Régimen dejan de ser adecuados para satisfacer ciertas necesidades funcionales de los nuevos Estados, como por ejemplo la delimitación de fronteras geográficas sobre las que el Estado nación ejerce su jurisdicción. Otro momento importante en la constitución de las identidades nacionales es el de la expansión colonial y el imperialismo. El refuerzo de una identidad nacional definida en términos de una historia, un lenguaje y unas tradiciones nacionales en su momento sirvió para organizar y cohesionar las respuestas locales al imperialismo

Añadamos a lo anterior que suelen distinguirse dos tipos de identidades nacionales según cómo sean los procedimientos de legitimación: culturales o políticos. Según

los primeros se trata de una entidad independiente de la forma de organización política y está basada en la lengua, la cultura y la etnia. Según los segundos se refiere al conjunto de ciudadanos del estado. Ambas clases de identidad nacional pueden darse juntas, pues suele pasar que quienes tienen la tarea de definir los parámetros políticos de una identidad nacional apelan a los rasgos culturales y étnicos para lograr una mayor y más rápida cohesión y unidad. Nada de esto es completamente desinteresado: los ciudadanos obtienen una identidad nacional y con ello una ciudadanía y los derechos que lleva aparejados y, a cambio, el Estado obtiene mano de obra abundante y se financia a través de los impuestos. Además, la conciencia nacionalista puede servir en momentos puntuales de crisis para enterrar la conciencia

de clase: basta que el político nacionalista de turno salga a algún balcón, que enarbole la bandera nacional y profiera unas cuantas proclamas sobre “lo nuestro” para que los ciudadanos se olviden de sus problemas.

Una cosa más, la identidad nacional y los nacionalismos están a la base de algunas de las mayores catástrofes sociales de los últimos siglos y ello ha provocado que tengan muy mala prensa. Es fácil pensar en las causas de que esto haya sido así: las identidades nacionales son excluyentes, definen de manera rígida un *nosotros* y, por exclusión, un *ellos*. Sin embargo, y por muy paradójico que pueda parecer dada esta mala prensa y el hecho de que el nuestro es un mundo cada vez más globalizado y con una diversidad cultural más evidente, las identidades nacionales, sean del signo que sean, han resurgido a finales del siglo XX y principios del XXI con inusitada fuerza.

Merece la pena plantearse las causas de esta situación aparentemente anacrónica y si no tendrá algo que ver con el rechazo más o menos soterrado de ciertos aspectos perversos de la globalización y, de ser así, si aún podemos rescatar aspectos positivos de los nacionalismos y las identidades nacionales que nos permitan construir sistemas políticos y comunidades de convivencia más justas.

Identidad nacional y globalización.

La globalización es paradójica porque convierte nuestro mundo en un lugar más grande, pero también en uno más pequeño: tenemos acceso real y virtual a todos los rincones del globo, tenemos plena consciencia de la diversidad cultural que lo habita y de las oportunidades creativas que ello conlleva, pero también se homogeneizan una gran parte de nuestros hábitos y conductas, un determinado modo de vida va colonizando al resto y una pequeña élite disfruta en exclusiva de las oportunidades que brinda la globalización.

Con la globalización se pierden los anclajes sociales que hacían que la identificación nacional fuese algo natural. Ya no está tan claro cuál es el “nosotros” al que pertenecemos. Los estados nacionales, al haber cedido la mayoría de las tareas que exigen capital y mano de obra intensiva a una serie de entidades supranacionales y a los mercados globales, ya no tienen tanta necesidad de legitimación por medio del fervor nacionalista.

Una identidad nacional asumida y no problematizada proporcionaba seguridad a los ciudadanos, pero con la globalización estos se encuentran en una situación en la que aparentemente existe una mayor libertad para construirse su identidad pero, por un lado, tanta responsabilidad crea inseguridad en la mayoría de la población y, por otro, no hay oportunidad real de aprovechar esta situación porque la mayoría de la población no tiene acceso a los medios necesarios para construir su identidad con total libertad: la enorme cantidad de posibilidades que ofrece la globalización tan solo está al alcance de unos pocos que pueden construirse una identidad más o menos a voluntad porque cuentan con los recursos para hacerlo. El grueso de la población mundial cuenta únicamente como datos estadísticos que sirven para justificar las políticas que ponen en marcha estos pocos privilegiados.

Frente a los efectos perversos de la globalización, las identidades nacionales y los nacionalismos que las promueven mantienen vivas ciertas idiosincrasias, ofrecen protección y cohesión en la pertenencia a comunidades contrarias a este proceso de expansión global. El peligro surge cuando todo esto tiene lugar a partir de unos distintivos nacionalistas excluyentes. De ahí que para muchos los nacionalismos sean reaccionarios y conservadores, claramente contrarios al esfuerzo y la necesidad de reconocernos en la diferencia y darnos un espacio común de debate para superar los problemas que nacen

de la diversidad y para aprovechar las múltiples oportunidades que nos brinda. Ahora bien, también la globalización en manos de las élites financieras y políticas tiene efectos similares sobre el grueso de la población mundial, siendo además que los procesos de globalización dan pie a una crisis social porque se pierden los medios convencionales de protección colectiva. Así pues ambos extremos, los representados por el localismo excluyente de los nacionalismos y la generalidad omniabarcante de la globalización, no son tan distintos en sus efectos después de todo.

¿Qué podríamos hacer para respetar las diferencias sin dejar de convivir en paz y permitiendo la emancipación de todos y todas? Bien, no tengo la respuesta definitiva, pero al menos se me ocurre lo siguiente. Según hemos dicho, en la construcción de las identidades nacionales concurre la utilización política de los aspectos culturales y étnicos de una determinada comunidad de personas, aspectos estos que ya existían, pero que no habían sido problematizados ni incluidos en un programa político. En otras palabras, aunque los fines y las causas a la hora de poner en valor una cierta identidad cultural puedan ser políticos, los argumentos suelen ser culturales. Si tenemos esto claro podemos intentar obtener lo mejor de la globalización y del sentimiento de pertenencia a una comunidad en la constitución de futuras sociedades más justas para todos. Algo básico es que tengamos muy presente el hecho de que nuestra identidad nacional es un constructo y que desconfiemos de quien mantenga lo contrario y busque algún fin con ello. Debemos asumir que nuestras identidades tienen una naturaleza provisional, que es una convención histórica muy interesada. Participar en un debate desde posiciones nacionalistas inamovibles no es la solución para nada. Pero acaso un nacionalismo no excluyente y que asuma su naturaleza contingente sea el único freno contra los efectos objetivadores de la globalización.